

Mazzei, Daniel (diciembre 2005). *El alzamiento radical de 1905 : La última revolución de Hipólito Yrigoyen*. En: Encrucijadas, no. 35. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositoriouba.sisbi.uba.ar>>

## El alzamiento radical de 1905

### La última revolución de Hipólito Yrigoyen

*En los primeros días de febrero de 1905, se inició un alzamiento revolucionario encabezado por Hipólito Yrigoyen, contra lo que él mismo llamó "el Régimen". Si bien no lograría triunfar en su momento, este intento de sublevación sentó las bases para la apertura política que lograría consumarse en 1912 de la mano de Roque Sáenz Peña y con la elección del propio Yrigoyen en 1916 como el primer presidente elegido democráticamente en el país.*

#### DANIEL MAZZEI

Licenciado en Historia. Docente de Historia Argentina III, (Facultad de Filosofía y Letras, UBA), e Historia Social Argentina (Facultad de Ciencias Sociales, UBA). Becario UBACyT.

Febrero de 1905. El doctor Manuel Quintana es el Presidente de la Nación. El 12 de octubre de 1904 había sucedido a Julio Argentino Roca, la figura emblemática del régimen político instaurado en 1880, tras la derrota del autonomismo porteño frente a las tropas del Estado Nacional. Roca, y el grupo que lo acompañó en su gestión, conformaron un régimen político de carácter restrictivo, durante el cual el gobierno estaba en manos de una minoría privilegiada que controlaba los principales resortes económicos del país y limitaba la participación del resto de la población. En este régimen oligárquico iniciado en 1880 había elecciones periódicas y se mantenían las reglas de la democracia política. No obstante, los verdaderos electores eran los gobernantes, y las elecciones –mediante el fraude– consistían en la designación de quienes habrían de ocupar cargos públicos por parte del funcionario saliente, consolidando así un sistema de hegemonía gubernamental. El mejor ejemplo de esto fue la designación del propio Manuel Quintana como candidato a Presidente por parte de una "Convención de Notables", integrada por casi trescientas personalidades y funcionarios del Régimen.

La primera reacción contra este sistema se produjo con la formación de la Unión Cívica, y la Revolución del Parque (julio de 1890). Un año después, los sectores intransigentes de la Unión Cívica, "los radicales" como empezó a llamárselos, rechazaron el acuerdo electoral entre un sector de los "cívicos", liderado por Bartolomé Mitre, y el oficialismo para las elecciones presidenciales de 1892. El nuevo partido adoptó una política de intransigencia y abstencionismo electoral. Su líder, Leandro N. Alem, encabezó, en 1893, otro fallido intento revolucionario. Tras el suicidio de su fundador, en 1896, los radicales se dividieron en "concurrencistas" y "abstencionistas". Los primeros, encabezados por don Bernardo de Irigoyen, buscaban participar del sistema político en acuerdo con mitristas y sectores antirroquistas. Por su parte, los abstencionistas respondían a Hipólito Yrigoyen, quien mantuvo la estrategia de impugnación global de lo que él llamaba "el Régimen", mientras perdurasen las mismas condiciones políticas. Poco después, con la ruptura del sector "concurrencista" la Unión Cívica Radical entró en una suerte de hibernación política.

La reorganización partidaria recién comenzó en 1904. Mientras tanto los radicales conspiraban. Hipólito Yrigoyen había recorrido el país convenciendo y comprometiendo a centenares de militantes radicales y jóvenes oficiales del Ejército. El objetivo inicial era

que este movimiento revolucionario estallara el 10 de septiembre de 1904, durante el gobierno de Julio Roca. Pero la revolución debió postergarse. El gobierno sospechaba y había tomado algunas medidas preventivas. Yrigoyen, único que conocía toda la trama revolucionaria, decidió esperar el momento adecuado. Ínterin, Roca completó su segundo mandato el 12 de octubre de 1904. Por su parte, el líder radical les explicaba a sus correligionarios que no se trataba de una revolución contra una persona sino contra "el Régimen", por lo que poco importaba si se iniciaba antes o después.

Finalmente, la madrugada del 4 de febrero de 1905 el movimiento revolucionario cívico-militar se inició en la ciudad de Buenos Aires. El elemento clave del complot era la toma del Arsenal, desde donde se distribuirían armas a grupos de militantes radicales. Sin embargo, una infidencia permitió al gobierno conocer el plan revolucionario. El general Carlos Smith, jefe del Estado Mayor, se anticipó y se hizo fuerte en el Arsenal, impidiendo el levantamiento de los vecinos regimientos 1 y 10 de infantería. De esta forma evitó que grupos de revolucionarios civiles fueran provistos de armamento. Sin esas armas el plan estaba destinado a fracasar. Si bien en las jornadas previas el caudillo radical había advertido la posibilidad de un fracaso, ya era tarde para dar la contraorden. No obstante, lo ocurrido en el Arsenal no fue suficiente para detener a centenares de militantes radicales que, durante toda la madrugada, atacaron numerosas comisarías de la ciudad. El gobierno del presidente Quintana reaccionó con rápidas medidas: declaró el estado de sitio en todo el país, y estableció la censura de prensa. La Policía, leal al gobierno, allanó decenas de edificios en busca de revolucionarios. Tan sólo tropas del 9 de Infantería marcharon hacia Buenos Aires desde Campo de Mayo, pero poco después se dispersaron. Al mediodía del 4 de febrero la revolución en la Capital Federal había sido vencida completamente. No ocurría lo mismo en otros lugares del país. El levantamiento había tenido éxito en Mendoza, Córdoba y Bahía Blanca, donde los civiles habían contado con el apoyo de varios regimientos.

En Mendoza, toda la guarnición militar se sumó al alzamiento junto a un regimiento de artillería de montaña de San Juan. Estas tropas proveyeron armas a los civiles que se identificaban con sus boinas blancas. El gobierno mendocino y algunos militares intentaron resistir en casa de Gobierno pero depusieron las armas. José Néstor Lencinas, jefe de la Junta Revolucionaria, constituyó un gobierno provisional.

En Córdoba, las tropas del 8 de infantería tomaron la Jefatura de Policía y proclamaron un gobierno provisional al mando del teniente coronel Daniel Fernández. La proclama difundida en Córdoba marca muy bien el tono de los revolucionarios radicales: "... ha llegado el día en que termina el régimen oprobioso que ha dominado el país desde hace 30 años, cubriéndolo de ignominia ante propios y extraños".

En Córdoba fueron detenidos y tomados como rehenes el vicepresidente de la Nación, José Figueroa Alcorta, y Julio Roca (hijo). Los insurrectos también se dirigieron hacia La Paz, la estancia del ex presidente Roca, pero éste había sido advertido y escapó hacia la vecina provincia de Santiago del Estero. Luego diría que huyó porque consideraba deshonoroso para su investidura de general caer en manos de los insurgentes. Caras y Caretas comentó con ironía: "Pero no pensemos mal. El hombre huyó velozmente, mas no como ex presidente, sino como General..." [1]

En Rosario el 3 de artillería marchó desde San Lorenzo hacia Rosario, donde grupos civiles habían tomado la estación del Ferrocarril Central Argentino. En Rosario también se produjeron intensos combates en la zona del Arroyito. Sin embargo, conocido el fracaso de la revolución en Buenos Aires, las tropas sublevadas retornaron a sus cuarteles, y abandonaron a su suerte a los civiles.

En Bahía Blanca se sublevaron los regimientos 2 y 6 que requisaron varios trenes y, al mando del mayor Villamayor, partieron en el Ferrocarril Sud hacia Buenos Aires con el propósito de apoyar a los sublevados. La columna Villamayor se dirigió lentamente hacia Buenos Aires por el hostigamiento de las policías locales. Finalmente el día 6, enterados de la derrota de la insurrección en Buenos Aires, decidieron desarmar a la tropa y entregarse, pero los soldados resistieron y mataron a ocho de los jefes revolucionarios. Pese a los éxitos iniciales en Córdoba y Mendoza, el gobierno nacional mantenía la situación bajo control y envió tropas desde diferentes puntos del país para reducir los focos revolucionarios. Al acercarse las poderosas columnas encabezadas por los generales Winter y Fotheringham, los revolucionarios comenzaron a dispersarse.

Finalmente la Junta Revolucionaria decidió deponer las armas para evitar más derramamiento de sangre. El 8 de febrero, no quedaba ningún foco revolucionario en toda la República. Inmediatamente, centenares de militantes fueron detenidos y enviados a Ushuaia, muchos otros debieron exiliarse en Chile o Uruguay. En el caso de los militares, quienes se plegaron al alzamiento perdieron sus carreras.

Desde la clandestinidad Hipólito Yrigoyen atendió la situación de sus correligionarios. Malvendió alguna de sus estancias y otras propiedades para devolver las sumas que habían incautado las Juntas Revolucionarias de Mendoza y Córdoba, y para ayudar a los exiliados. Mientras tanto, durante varios meses, continuó el misterio sobre su paradero. Finalmente, el 19 de mayo de 1905, se presentó ante la Justicia para asumir su responsabilidad como jefe máximo de la Junta Revolucionaria.

Pocos días antes, el 16 de mayo, se había difundido un manifiesto que buscaba explicar el fracaso y justificar el movimiento revolucionario. También salía al cruce de aquellos que criticaban a la revolución como perjudicial al progreso del país. El texto, con la reconocible prosa de Yrigoyen, afirmaba:

"Triste condición sería la de un país si su prosperidad sólo hubiera de consistir en el fomento de sus intereses materiales. El progreso es preferentemente constituido por las fuerzas morales que contiene en acción, por la altivez de los ciudadanos, por la probidad pública y privada, por la decisión intensa para todas las nobles labores humanas".

Más adelante, en una inocultable alusión al presidente Quintana decía:

"El criterio extranjero está habituado a pasar por alto el concepto de nacionalidad soberana (...) para sólo preocuparse de la riqueza del suelo argentino y de la seguridad de los capitales invertidos en préstamos a los gobiernos (...). A esa condición hemos llegado como consecuencia de una moralidad pública que no ha sabido rodear de respeto el nombre del país (...). Los causantes y beneficiarios de este desastre del honor y el crédito nacional carecen de autoridad y de título para condenar, invocando el prestigio argentino en el exterior, un movimiento de protesta armada respetable y digno porque es y será siempre representativo de intereses sociales de todo orden, y exponente de potencia cívica, de sanas energías y de altos anhelos" [2].

Sorprendentemente, y pese a la derrota revolucionaria, el apoyo al partido radical creció entre los sectores medios urbanos, en particular entre los jóvenes profesionales, hijos de inmigrantes. Por otra parte, la revolución advirtió a los sectores dominantes los riesgos de mantener el fraude y la exclusión en el sistema político. Desde entonces, un sector de la clase dirigente decidió una apertura y una transformación de las reglas de juego. Los reformistas encabezados por el vicepresidente Figueroa Alcorta creían en la necesidad de promover una reforma electoral que estableciera un gobierno realmente representativo. Y la reforma finalmente llegó, en 1912, de la mano de Roque Sáenz Peña. Cuatro años después, el 12 de octubre de 1916, el líder indiscutido de la revolución de 1905, Hipólito Yrigoyen, asumía como primer presidente democrático del pueblo argentino.

## **Notas**

[1] Citado en Félix Luna, Yrigoyen, EB, Buenos Aires, 1981, pág. 138.

[2] Idem, págs.145-146.